

El Triunfo

Rostro de la soledad



Armando Trasviña Taylor

Archivo Histórico Pablo L. Martínez

El Triunfo

Rostro de la soledad

Armando Trasviña Taylor

GOBIERNO DEL ESTADO DE BAJA CALIFORNIA SUR
CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA Y LAS ARTES
INSTITUTO SUDCALIFORNIANO DE CULTURA
ARCHIVO HISTÓRICO PABLO L. MARTÍNEZ

GOBIERNO DEL ESTADO DE BAJA CALIFORNIA SUR

LIC. MARCOS ALBERTO COVARRUBIAS VILLASEÑOR
Gobernador del Estado de Baja California Sur

LIC. RAFAEL TOVAR Y DE TERESA
Presidente del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes

LIC. ANDRÉS CÓRDOVA URRUTIA
Secretario General de Gobierno del Estado de Baja California Sur

LIC. CHRISTOPHER ALEXTER AMADOR CERVANTES
Director General del Instituto Sudcaliforniano de Cultura

JOSÉ GUADALUPE OJEDA AGUILAR
Subdirector del Instituto Sudcaliforniano de Cultura

M.C. ELIZABETH ACOSTA MENDÍA
Directora del Archivo Histórico Pablo L. Martínez

SANDINO GÁMEZ VÁZQUEZ
*Coordinador de Vinculación y Fomento Editorial
del Instituto Sudcaliforniano de Cultura*

Primera edición 2014

D.R. © 2014 INSTITUTO SUDCALIFORNIANO DE CULTURA

Archivo Histórico Pablo L. Martínez
Altamirano e/Navarro y Legaspy, Zona Centro,
C.P. 23000, La Paz, Baja California Sur

ISBN: ISBN: 978-607-9314-49-1

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, o transmitida en ninguna forma electrónica, mecánica, fotocopiada, magnetofónica, u otra, sin permiso escrito del Archivo Histórico Pablo L. Martínez y el o los beneficiarios de los derechos del autor.

Diseño y formación electrónica: Luis Chihuahua Luján

Impreso y hecho en México

Origen

El Triunfo, B.C.S. no tuvo nombre indígena, porque apareció como aldea mucho tiempo después de los establecimientos aborígenes que hasta ahora se han conocido. Está entre Marinó (Santa Ana) y Airapí (La Paz), a unas cuantas leguas de Aiñiñí (Santiago). Antes era una pequeña ranchería que se llamaba Las Casitas. Su denominación actual se debe al nombre de una mina.

En 1740 ya se conocía la existencia de minerales en la zona, según un informe de Esteban Rodríguez Lorenzo, capitán del presidio de Loreto y primer alguacil del Santo Oficio enviado a las misiones californianas, señala Jorge Amao.¹

El establecimiento de los centros mineros de El Triunfo, San Antonio y Santa Ana —continúa—, se

1 Amao Manríquez, Jorge Luis, *Mineros, Misioneros y Rancheros de la Antigua California*, Plaza y Valdés Editores e INAH, México, D.F., 1997.

debió a una cédula real de la corona española del año 1744, en donde se ordenaba que se crearan centros no misionales que sirvieran de refugio a los religiosos en caso de alguna sublevación indígena.

El virrey Juan Francisco de Güemes y Horcasitas, dice Adrián Valadez —citado por el mismo Amao—² primer conde de Revillagigedo, otorgó a Manuel de Ocio los títulos de propiedad de las primeras minas que se trabajaron en toda la península. Una de ellas, la que dio origen al pueblo de El Triunfo, estaba situada en el lugar conocido como Cabezas de Arroyo Hondo y se llamó El Triunfo de la Santa Cruz. Esta mina fue registrada en 1751 a diez kilómetros de San Antonio. Posteriormente, en 1756, algunas de las familias que vivían en Santa Ana se retiraron a un paraje cercano a explotar una mina de plata a la que llamaron San Antonio, con lo que se inició la formación del pueblo del mismo nombre, tercero de los núcleos seculares de población de la California, concluye.

2 Ibidem.

La era de los De Ocio

Pionero en estos campos económicos alternativos –dicen Del Río y Altable–³ fue un andaluz llamado Manuel de Ocio, hombre de carácter fuerte y espíritu emprendedor, quien fue originalmente soldado del presidio de Loreto. De Ocio que era herrero de profesión y estaba casado con una hija del capitán del presidio de Loreto (Esteban Rodríguez Lorenzo), siendo aún soldado, se hizo de una buena cantidad de perlas. Hacia 1740 dejó su empleo militar, pasó a la ciudad de Guadalajara donde vendió las perlas y regresó a la península con el propósito de seguir dedicándose a la pesca de ellas y, adicionalmente, a la minería. Manuel de Ocio tenía decidido establecerse en una zona montañosa situada entre las misiones de

3 Del Río, Ignacio y María Eugenia Altable Fernández, *Breve Historia de Baja California Sur*, El Colegio de México, Fideicomiso Historia de las Américas y Fondo de cultura Económica. México, D.F., 2000.

Nuestra Señora del Pilar de La Paz, Santa Rosa de Todos Santos y Santiago donde, desde hacía tiempo, se habían encontrado indicios de minerales de oro y de plata (en lo que es hoy el distrito de Santa Ana). Para poder desarrollar ahí sus trabajos mineros, el ex-soldado de Loreto tuvo que llevar a la península trabajadores del macizo continental de las tribus mayo y yaqui de Sonora.

Sin embargo, “en un documento encontrado en el Archivo General de la Nación he podido hallar el nombre [...] Francisco Mendoza quien, en 1777, era dueño de la mina ‘El Triunfo’, la más rica hasta entonces descubierta”.⁴

La primera época de De Ocio (el padre) fue cuando adquirió el predio de Santa Ana y llega a terminar sus dominios cuando vendió parte de ellas a la Hacienda Real en 1768, y la segunda cuando su hijo Antonio, trece años después, recupera esas minas (entre ellas la de El Triunfo) y es ya uno de los 16 empresarios dedicados a las minas en 1781 (la compró en mil pesos a plazo de dos años).

Con respecto a este personaje, entusiasmado con la riqueza que le había arrancado al mar –ratifica

4 Martínez, Pablo L., *Guía Familiar de la Baja California 1700-1900*, Editorial Baja California, México, D.F., 1965.

Pablo L. Martínez—⁵ quiso probar fortuna en la tierra y se dedicó de lleno a las tareas extractoras, para cuyo efecto abrió los primeros huecos en el año de 1741 (otros dicen que en 1748) en el Real de Santa Ana (fue soldado español desde 1734 hasta 1740 en la zona), cabecera que fue después del Departamento del Sur de esta propia península. Este establecimiento vino a quedar en el mero centro geográfico del grupo tribal llamado de los huchitíes (rama de los Guaycuras), según testimonios que sobre el particular hemos encontrado —concluye Martínez.

Después de varios años, la explotación minera de De Ocio (casi veintiún años) fue vendida, a la postre, a la Hacienda Real en 1768-1769.

Así se establecieron algunos estancos de minas por parte del real erario. El Visitador José de Gálvez hizo entrega de las primeras propiedades en donde se desarrollaban trabajos mineros. Gálvez nombró a un comisario real para ello. La zona minera del sur, entre ellas El Triunfo, fue la actividad económica hacia la cual se canalizaron gran parte de los recursos reales y se realizaron experimentos para modernizarla.

La esperanza se comenzó a levantar, a duras penas. Se recargaba, se iba de lado, se apoyaba en una

5 Martínez, Pablo L., *Historia de la Baja California*, Libros Mexicanos, México, D.F., 1956.

rala ilusión, cada vez que tenía intentos de caminar por los cielos de un intensísimo azul, naufragaba; se encontraba con los astros ocultos dentro del manto de su recóndito ardor; tentaleaba; era una esperanza que amanecía con la luz de su mítico arrebol; el que nació en el parto de su pretérito florecer, con aquellas reumas que resultaban tantas y tan suyas que, desde que comenzó a marchar y medio huir y medio abrir las puertas de un futuro promisorio, tiempo atrás, le nacieron grillos que le sujetaron sueños al tratar de viajar con alas y piernas que encontraban duros los aires al sólo intento por subir; ¡eran tantas las ansias por salir y divagar!, pretendía partir del rompeolas sin velas ni bajel con un afán aparcado en una nube sin soplo, sin brisa, ni siquiera el hálito de un cansado coromuel.⁶ ¡Cuántos insomnios tuvieron esas noches de no acostarse y mal dormir!, ¡tenía miedo a la incertidumbre de equivocarse y de fracasar, otra vez! ¡Qué difícil es ser!, ¡es más fácil no ser!

6 Viento suave, terral, sólo en La Paz, B.C.S.

La minería en la Hacienda Real

Gálvez compró al español Manuel de Ocio, ex-soldado colonial, las minas de El Nacimiento, San Pedro y El Triunfo de la Cruz y dos más que descubrió el administrador y actualizador potencial de ellas, Joaquín Velázquez de León.

Entre 1769 y 1771 se desató una epidemia en la parte sur y se ignora el número de trabajadores que se contagiaron en las minas y en los hogares, pero mermó la producción en forma clara, sensible. La escasez de víveres y de mano de obra se debió también a la recolección de hombres que hiciera José de Gálvez para la expedición hacia la Alta California que era de evidente prioridad, se erigía por encima de la propia minería a su pesar. En 1775, en un informe enviado al Virrey de la Nueva España se da cuenta del estado, más que ruinoso, de la pequeña industria regional. Años después se remataron los bienes del propio

vástago de don Manuel, Antonio. En el tiempo que estuvieron a cargo de la máxima hacienda colonial, no se obtuvieron utilidades considerables como en el período anterior.

La muerte de De Ocio en 1771 (asesinado en su rancho de Santa Ana, una noche, por ladrones –al parecer– locales, estrangulado y robado, fueron aprehendidos, juzgados, sentenciados, por la audiencia de Guadalajara, y ahorcados), empresario, minero, ganadero y perlero, retardó la recuperación de la próspera zona mineral. Una versión que ofrece Crosby en su obra llamada *Antigua California* inmiscuye al propio Gálvez en el trágico fin.⁷ Pablo L. Martínez señala, a su vez, que el fundador de Santa Ana (Ozio, Osio u Ocio) fue muerto por los indios nativos, o por los depositarios de sus enormes riquezas en Guadalajara que lo mandaron matar para quedárselas. De seguro no se sabrá jamás la verdad sobre este asunto.⁸

Distinta capacidad tenía su hijo. Después de la muerte de su padre y el destierro que sufrió el otro monopolítico andaluz, Gaspar Pizón, la siguiente generación de mineros no se caracterizó por su fuerza ni por su gran predominio, y sí por falta de apoyo y

7 Crosby, Harry, *Antigua California*, University of New México, Albuquerque, 1994, p. 390.

8 Martínez, Pablo L., op. cit., 1956.

financiación. No lograron crear empresas de magnitud. De 1771 a 1774 el movimiento minero fue ínfimo.

Sin embargo, seguían influyendo en la zona y en la vida peninsular, sobre todo en el aspecto alto, económico. Casi la mitad de los habitantes no indígenas se concentraban ahí. En 1778, el distrito minero de Santa Ana (Santa Ana Marino la fundó el padre Nápoli, jesuita, en 1721; El Triunfo, en 1751 y el Real de San Antonio, en 1756) casi duplicó la población que, tres años atrás, en 1775, poseía. “También le notifico –le dijo Antonio de Ocio, en carta, a José Gálvez– como se ha descubierto oro virgen en casi todo el sur y tan bueno que discurro llegará a 23 quilates, si no pasa, pero éste no se puede sacar por no haber agua con que lavar las tierras...”⁹ En 1781 la minería se paralizó. Esta crisis la motivó la falta de azogue, elemento del que dependía el beneficio del metal. Debido a la prohibición que existía, se extendió a los comerciantes para expender. Se agruparon y pidieron al teniente del gobernador que desobedeciera las órdenes del lejano virrey. En una comisión posterior, decían los mineros que había oro, mucho oro, pero no había azogue ni agua y que la gente comenzaba, con miedo, a emigrar. Esa fue

9 Amao Manríquez, Jorge Luis, *op. cit.*, 1997.

la depresión económica de 1782. A su vez, la economía misional y el crecimiento que se registró en la ganadería, se integraban a la explotación de los centros, ahora mineros.

Las vetas

Las montañas que rodean a estos sitios tienen dos grandes sistemas de vetas, a saber: el sistema de El Triunfo y el sistema de San Antonio. Las primeras vetas que se conocieron fueron cinco de ellas, en la quinta (La Valenciana) se abrieron las minas de El Triunfo de la Santa Cruz, El Rincón de Pisón y la Pisoneña. Estas minas, fueron las únicas y las primeras que se explotaron en la minería peninsular por su dificultad menor.

Las técnicas de exploración y explotación

El método principal para localizar los mantos, era por medio de varas adivinatorias y la invocación a espíritus y duendes que se encontraban –así lo hacían ver– subterráneos. Las varas estaban formadas por una horqueta de madera con dos extremos gemelos, curvados. En cuanto a la extracción, dejemos que lo explique el propio Velázquez de León, citado por Amao: “De tipo elemental eran las técnicas usadas para la extracción de los minerales. En un principio, el mineral se sacaba a la superficie haciendo excavaciones a cielo abierto y zanjas poco profundas. Después, y conforme los minerales de ‘cabezas de vetas’ fueron escaseando, se construían pequeños túneles que permitieron la explotación bajo tierra, aunque con técnicas burdas y sin ningún sistema coordinado para la extracción del mineral, el desagüe y la ventilación de las minas. Durante los primeros años pudo trabajarse en esta

forma debido a que no era necesario excavar a una profundidad mayor ni crear un sistema planeado de túneles para obtener el mineral”.¹⁰

10 Amao Manríez, *op. cit.*, 1997.

La mano de obra y salarios

La mano de obra para trabajar en las minas fue demandada, desde un principio, a la plataforma Continental. Manuel de Ocio trajo a los primeros trabajadores de las etnias mayo y yaqui, pero por las condiciones de vida y la falta de salarios oportunos, muchos prefirieron quedarse en el estado natal. El Reglamento de Salarios y Jornales, primero que hubo en la península toda, creado por Gálvez, fue la ordenanza inicial para la minería de la Antigua California que trataba de poblar la península. Todos los trabajadores debían recibir, según ella, sus jornales en metálico, además de una ración semanal de tasajo o carne seca, más un almud de maíz o de trigo (unos 22 kilogramos). Para los mineros había una paga de ocho pesos mensuales; para los ayudantes, cuatro; para los capitanes de minas, diez; para los indios por trabajos fáciles y menores, si eran adultos, seis y, si eran menores de dieciocho años, tres. Gálvez buscaba hacer productivo al indio. Ocio pagaba mejor. Disminuían los salarios en un

veinte por ciento, en promedio. Gálvez monetizó también la península con marcos de plata y oro. Por su pobreza y marginación, los indígenas de Sonora se negaron a emigrar de su zona. Después los empresarios mejoraron las condiciones de trabajo a los obreros Sonorenses. Las Ordenanzas de Gálvez subsistieron hasta principios del siglo XIX en donde mucho se veía la intervención de Joaquín Velázquez de León.

La minería era una actividad económica que requería de una considerable inversión: mano de obra, abastecimiento de bienes de consumo inmediato, herramientas, fierro y madera, azogue y bolsas de cuero, entre otros. La pesca de perlas que impulsaban de Ocio y Pizón, permitió el desarrollo de la minería en la pequeña región del sur.

El financiamiento del comercio

Cuando se agotaron los placeres de perlas, los comerciantes financiaban la actividad en las minas. Uno de los negocios más productivos fue el préstamo de plata, de pasta (metal fundido y sin labrar), que realizaban los mineros con sus trabajadores. El establecimiento del almacén de Santa Ana, vino a desplazar a los comerciantes foráneos y el estado asumió el compromiso de apoyar a los mineros. Posteriormente, el almacén de Loreto suministraba el azogue y otros productos a las minas. Siempre estaban sujetas a la depresión temporal las actividades mineras en torno a los establecimientos religiosos.

Las rutas de navegación

La primera ruta de navegación y embarque fue un puerto que se encontraba frente a la isla Cerralvo, en el Golfo de California; después fue Loreto y finalmente La Paz.

La depresión final

Todo parece indicar —dice Amao—¹¹ que, a principios del siglo XIX, las actividades mineras y comerciales entraron en un período de depresión que se agudizó más a consecuencia de algunos trastornos que ocasionó la revolución de independencia en 1810. Después del agotamiento en el Real de Santa Ana, se repobló el Real de San Antonio que tenía, a la sazón, la misma importancia que la primera capital, Loreto. Años más tarde, por el desarrollo de la zona, incluido El Triunfo, y en especial San Antonio, a diez kilómetros de aquél, éste sería la capital del territorio de 1829 a 1830.

Cuando llegamos a El Triunfo, la demostración de agradecimiento fue creciendo poco a poco. Las anchas calles del pueblo estaban iluminadas por linternas de muchos colores. La multitud estaba tan apretujada

11 Amao Manríez, *op. cit.*, 1997.

que casi no había espacio para los hombres en caballo, al pasar. Los miembros de esta entusiasmada multitud eran realmente hijos de México, herederos de nuestros padres católicos, la mayoría de ellos con raíces de principios muy sólidos.¹²

12 Weber, Francis J., *The Missions & Missionaries de Baja California*, Dawson's Book, Los Ángeles, Calif., 1968.

La primera empresa norteamericana en el siglo XIX

Poco después de la mitad del siglo XIX, varias compañías norteamericanas se dedicaron a explotar los recursos de El Triunfo y minas cercanas a San Antonio en donde permanecieron como setenta años, entre todas, hasta ya entrado el siglo XX.

Numerosas propiedades de oro y plata —dice Kirchner—¹³ han sido trabajadas en Baja California y en muchas de ellas utilizaban trenes en sus operaciones. En su mayoría eran carros libres que se empujaban o eran jalados por mulas y, por lo menos en dos casos, se utilizó tracción a vapor.

El área de explotación minera más antigua de Baja California fue también, probablemente, la primera en utilizar carriles. Manuel de Ocio empezó trabajando en las vetas de San Antonio en 1764, pero tuvo que pasar más de un siglo antes de que se introdujeran modelos intensivos en la minería de la región.

13 Kirchner, John A., *Baja California Railways*, Golden West Book, San Marino, Calif., 1988.

The Triunfo Gold & Silver Mining Company, organizada en 1862 por un grupo de 16 norteamericanos y 8 mexicanos, incluyendo a Ramón Navarro y Santiago Viosca, se convirtió en la primera de una serie de compañías con base en San Francisco que explotaron la zona sur de la capital, ahora La Paz.

Durante 1863, el ingeniero minero Alexander Mc Elroy, superintendente de la firma, reportó haber colocado rieles dentro de la mina de Santa fe y que, además, se ocupó de la construcción de un túnel de drenaje que sería lo suficientemente grande para permitir acomodar los carros de mineral de media tonelada. Las instalaciones en El Triunfo estaban en aquel entonces en inicio, pero esta modesta y aparentemente fracasada empresa inicial, formó el ímpetu para la expansión de la minería, en especial con el desarrollo relacionado con los rieles, los cuales continuaron incrementándose en el área durante la siguiente mitad del siglo.

Las otras compañías

La firma original (The Triunfo Gold and Silver Mining Company) dio paso, después, a la compañía Triunfo Silver Mining & Comercial Company (Compañía Comercial y Minera de Plata de El triunfo) y más tarde a Hormiguera Mining Company (Compañía Hormiguera Mineral) antes de que surgiera, finalmente, en 1878, como El Progreso Mining Company o Compañía Minera el Progreso. Joaquín M. Ramos, ingeniero minero del gobierno, visitó las instalaciones en operación en 1884, observando todo acerca de la compañía, en particular los rieles internos y externos, bien acomodados para el uso necesario, recorriendo largas distancias por el exterior, de manera que facilitaban la comunicación entre las minas que conformaban la compañía.

Muchos extranjeros también se reunieron ahí. El Sr. Hoschi y su adorable esposa tomaron parte en las festividades y, cuando después regresamos de San José, nos alojaron en su cómoda casa, a un lado de la iglesia. Debido a nuestro cansancio, pospusimos la reunión eclesiástica formal para el día siguiente, aunque la gente no se salió de nuestros cuartos hasta ya tarde. Esa vez fuimos hospedados en la casa de Messrs. González y Ruffo.¹⁴

Enfrentándose constantemente con problemas de mineral de calidad reducida, al parecer, la compañía El Progreso tuvo sus mejores años durante la década de los ochenta, enviando desde 30 mil a 40 mil dólares mensuales en lingotes a San Francisco desde el año de 1884. Pero la depreciación del valor de la plata en 1890 afectó seriamente la organización de la compañía. En 1897, el gobierno mexicano otorgó una concesión más libre a la empresa designada para mantenerla en operación. Con los trabajos subterráneos que en aquel entonces cubrían entre 25 y 30 millas, la compañía reportó maquinaria y plata valorada en más de 250 mil dólares, incluyendo un molino de 4a. stampa, maquinaria de alzar, taladros, compresoras de aire, motores, calderas, así como una moderna planta de

14 Weber, Francis J., *op. cit.*, 1968.

cianuro capaz de manejar 400 toneladas al día y la cual había sido equipada con lo último en materia de maquinismo. Mil hombres eran contratados durante el año, asistidos por 300 mulas utilizadas para distintas capacidades de transportación. Todas las minas estaban conectadas con la hacienda de beneficio por medio de un ferrocarril de vapor que transportaba el material al molino, directamente. El ferrocarril, al final de 1890, había cambiado considerablemente su forma, en relación a aquel original tren ligero accionado por mulas. Aunque la fecha exacta no es muy clara, rieles más pesados y locomotoras de vapor aparecieron en escena, alguna de ellas de segunda mano que provenían de Nevada y eran propiedad de la Comstock Tunnel Company. El mejoramiento de los ferrocarriles se atribuye a una concesión de 1897.

El ferrocarril tenía dos pequeñas locomotoras a vapor y tenía una gran variedad de góndolas, sin tapas, y acopladores de perno.

La ruta principal de la compañía El Progreso se extendía de la fundidora de El Triunfo, pasando hacia el noroeste por el camino a las minas de La Soledad, Codicia y Tiro 96, con terminal en la Mina Humboldt, hasta justo al norte de la cumbre del camino moderno entre El Triunfo y San Antonio. Se extendían caminos

al este y al sur para incluir las minas de La Cholla y La Marroneña en el sistema.

El ferrocarril pudo haber alcanzado los 15 kilómetros de rieles, pero por razones desconocidas se redujo a 10 para el cambio de siglo.

Al día siguiente, celebré la misa en la iglesia, predicada por padre Anastasio López. Después de la ceremonia, impartí la ya acostumbrada bendición sacerdotal y luego me retiré a mi cuarto. Era triste ver la pobre choza que servía como lugar de alabanza [fines de siglo XIX]. Como la propiedad ya nos pertenecía, decidí que la iglesia debía ser reparada. El rancho y la propiedad adjunta habían sido compradas, ya hace algunos años, durante la época del padre Carlón.¹⁵

Un enorme concentrador fue localizado al sur de la mina Tiro 96 y recibía material de las otras que se encontraban alrededor, incluyendo Tiro 96, la Humboldt, La Fortuna, San Pedro y San Nicolás. Finalmente, en la mina La Primavera, cerca de San Antonio, y desconectada del sistema de El Progreso, existía un tren elevado, conectando la mina directamente con la planta de tratamiento.

15 Weber, Francis J., *op. cit.*, 1968.

Si la región de El Triunfo hubiera prosperado durante los años 90, el ferrocarril de las minas podría haberse convertido en un proyecto mucho más ambicioso. Mientras Baja California Sur se mantiene como el único territorio de México en donde nunca ha operado el ferrocarril bajo autoridad federal, hubo varias concesiones sin éxito otorgadas en la ciudad de México. La más elaborada de éstas fue para Miguel L. Cornejo, el primero de junio de 1894. Fue solicitada para que corriera entre La Paz y El Triunfo con derechos para que continuara hasta Todos Santos y El Pescadero, en la costa del Pacífico. El 28 de enero de 1895 la concesión fue cancelada terminando así con las expectativas.

El Progreso Mining Company (además de El Boleo en Santa Rosalía), tuvo singular importancia para Baja California Sur, de capital estadounidense, se dedicó a la explotación de la plata y el oro en ese pequeño pueblo de la municipalidad de San Antonio. Durante 20 años aproximadamente la compañía realizó importantes inversiones de capital para abrir los socavones, instalar una hacienda de beneficio y una planta de cianuro para el beneficio de los metales, abrir un taller de fabricación y compostura de herramientas y maquinaria, así como inaugurar una planta eléctrica y una línea telefónica. La empresa daba trabajo a un

número aproximado de 800 trabajadores que con su presencia, la de sus familias y el gasto derivado de sus salarios, dieron vida al pueblo de El Triunfo. En efecto, de 200 personas que residían en esa localidad antes de que El Progreso se dedicara a la explotación de las minas, se pasó a cerca de 4,000 habitantes en 1890, una cantidad similar a la que residía en la capital del Territorio, entonces, La Paz.

Por otra parte, a diferencia de la empresa El Boleo, los inversionistas estadounidenses de la compañía El Progreso no impidieron el establecimiento de casas mercantiles y talleres artesanales propiedad de la gente de la localidad, que surtieron de todo tipo de productos a sus residentes. Las mercancías que no se podían encontrar en El triunfo se obtenían en La Paz, a 40 kilómetros aproximadamente de distancia, por lo que puede decirse que el efecto de la explotación minera en El Triunfo alcanzó a beneficiar a otros propietarios de la región del sur peninsular: Los comerciantes de la capital, los ganaderos de San Antonio y los agricultores de Todos Santos, San José del Cabo y Santiago.¹⁶

Anteriormente, en 1877, el Plan de Tuxtepec fue proclamado en El Triunfo y las autoridades re-

16 James, John F, *The adventure of sticken in Lower California*, Dawson's Book Shop, , Los Ángeles, California, 1972.

conocieron a Porfirio Díaz como presidente interino de la República.¹⁷

En 1881 –dice Rivas– había en el municipio de San Antonio italianos, franceses, ingleses, norteamericanos, alemanes, españoles, chilenos, portugueses y prusianos. Eran ingenieros en minas, maquinistas, calderos, ensayadores, horneros, fundidores. Fueron ellos los encargados del trabajo técnico y de administración de las minas. La imagen del pueblo cambió aún más cuando la misma empresa minera instaló el alumbrado en el jardín público. El crecimiento de la población había sido tal que, el 14 de abril de 1890, el Ayuntamiento solicitó la jerarquía del pueblo en villa o ciudad.

La Casa Ruffo y Viosca Hermanos eran los representantes comerciales de la compañía El Progreso, a la que, seguramente, surtían de productos de importación, entre ellos maquinaria para las minas.

Pero a pesar de los grandes beneficios que trajo la compañía minera, tuvo también grandes efectos negativos: la explotación inicua de los montes para conseguir la leña; la cantidad de agua que requerían para

17 Secretaría de Gobernación, Centro Nacional de Estudios Municipales y Gobierno del Estado de Baja California Sur, *Los Municipios de Baja California Sur*, Colección: Enciclopedia de los Municipios de México, Talleres Gráficos de la Nación, México, D.F., 1987.

uso de las minas y que disminuía el manto existente; la contaminación del ambiente; la marca especial de monedas que acuñaba con lo que perjudicó las transacciones comerciales; las actividades que se regulaban con el reloj de la hacienda; las pésimas condiciones de trabajo; el salario que dependía del rendimiento; el descuento del costo de las herramientas que utilizaban; el engaño con el peso del material; las reducciones de sus salarios; la expulsión de los trabajadores rebeldes; la desatención en los accidentes de trabajo; los préstamos de dinero para atender esas mismas lesiones; el mal pago a los obreros; el empleo de mano de obra de niños con menores sueldos y, finalmente, entre otros, la pretensión de querer apropiarse de la demarcación total del poblado (más de 4 mil hectáreas) como heredad propia de ellos.¹⁸

18 Rivas Hernández, Ignacio, *El Progreso Mining Company. Su impacto Social en El Triunfo, B.C.S. 1878-1905*, La Paz, B.C.S.

Las chimeneas

La chimenea mayor de la planta es de 40 y tantos metros de altura (43 según dicen), donde está impresa la fecha (de su creación) de 1890,¹⁹ y la otra, como a 200 metros de ella, de tamaño menor. Se conoce, a la primera, con el nombre de La Ramona y a la contigua, como La Julia, por las fechas en que comenzaron a operar de acuerdo con el santoral eclesiástico respectivo, según las fichas del INAH que aparecen en el entorno de sitio (31 de agosto y 22 de mayo, en ese orden) la primera—dice el mismo INAH— fue levantada de acuerdo con un diseño de Eiffel, el constructor de la torre de París. La ficha de la mayor, La Ramona, es la siguiente: “Símbolo de la población, construida de acuerdo al diseño de Gustave Alexandre Eiffel, localizada dentro del área de la planta de calcinación. Con fachada principal de tablón aparente y los muros

19 Raygadas Dahl. Fermín, *Guía de Viajeros*, Universidad Autónoma de Baja California Sur, La Paz, B.C.S., 1987.

de cantera y tabique con un ancho de 1.50 metros y con una altura de más de cuarenta metros.

Sobre la base de mampostería se va transformando el anillo (piedra a una altura de 5 metros) se observa la inscripción del año de su construcción en la parte alta. Bautizada como La Ramona por su fecha en su inicio en funciones, coincidente con el santoral respectivo”.

De la menor, La Julia, la ficha señala: “Denominada así por el santoral del día de inicio de sus funciones, las características de este monumento histórico es su construcción en tabique aparente en su fachada con cimentación de piedra, jugó un papel importante en los hornos de fundición junto a las construcciones que fueron galrones de almacenaje contruidos de piedra, tabique y enormes pilares de madera.”

La Delegación del INAH en La Paz ratifica: “Ambas están dentro de la Planta de Calcinación. La chimenea mayor, de tabique aparente, cantera y tabique, tiene una anchura de muros de 1.50, es del siglo XIX y es de fuero municipal. Se calculan 40 metros de altura. A lo largo del cuerpo del chachuaco se observa que hay una franja de ladrillos más cocidos que los otros, eso indica una medida de altura. La chimenea se desplanta sobre una base cuadrangular de 7.20 por 7.20 metros, teniendo cuatro perforaciones de

1.20 mts. y un ancho de 1.50 mts. Sobre la base de mampostería se va formando el anillo (piedra a una altura de 5 m)”.²⁰

“La chimenea menor, de tabique aparente, piedra y tabique, es también de propiedad municipal, con una anchura de muros de 0.90, fechada en el siglo XIX. En ruinas. Tiene la base de mampostería de piedra y ladrillo, de forma rectangular y que se encuentra en regular estado ya que presenta una grieta que va desde la boca misma de la chimenea hasta la base. La única entrada que tiene da hacia el sur.”²¹

De ser así la chimenea mayor de El Triunfo, levantada en 1890, y la iglesia de Santa Bárbara, en Santa Rosalía, instalada en 1897, son las dos obras de diseño del ingeniero francés Gustav Eiffel (Dijon 1832-París 1923) quien construyó la torre parisina en 1889 y la estructura interna de la Estatua de la Libertad en Nueva York en 1886. Por cierto, la estatua neoyorkina tiene 3 metros más de altura que la chimenea triunfeña.

La iglesia del lugar está consagrada a la virgen de Guadalupe. No es establecimiento misional. Fue erigida aproximadamente en el año 1857 y existe una

20 INAH. Dirección de Monumentos Históricos, “Ficha Nacional de Catálogo de bienes Inmuebles”, Ficha 0008.

21 Ibidem.

pintura anónima de la imagen del Tepeyac en las paredes internas del templo.²²

De acuerdo con datos del INAH,²³ se encuentra al lado derecho de la carretera a la entrada de la población, calle Álvaro Obregón, con fachada principal de emplaste templado, muros de piedra y tabique, con cubierta de vigas de madera y lámina galvanizada, muros de 0.60, inclinada a dos aguas, de propiedad federal y fechada en el siglo XIX. La fachada principal es muy sobria, compuesta de un acceso formado por jambas y un arco de medio punto, una gran cornisa la divide en dos formando un frontón triangular que tiene una ventana y sobre la cúpula un florón. Las torres están formadas por dos cuerpos iguales. El segundo tiene cuatro aperturas en donde están alojadas las campanas. Están rematadas por unas cubiertas muy singulares forjadas en ladrillo y con forma de pera. La techadumbre está resuelta mediante una estructura de madera y cubierta de zinc”.

22 Ibid.

23 Ibid.

El Triunfo en el siglo XX y XXI

La decadencia de la compañía El Progreso era más que obvia para 1912, cuando pasó a manos de la Compañía de Minas de El Triunfo, S.A. Durante la década anterior, el superintendente Arturo C. Nahl había reportado pocas ventajas. Con el tratamiento del mineral de poca ley, después de 1898, se complementó la explotación. El período de 1910 a 1904 fue especialmente malo. Nahl observó que, en los dos últimos años, tenía material para trabajar apenas tres meses. Algunos culpan (Peña) a la nueva compañía por la caída del negocio. Para ese tiempo el ferrocarril se había revertido a tracción por animales. Sólo había sido útil por un período corto de tiempo. En 1919, la mayor parte de la planta había sido abandonada. Para esas fechas la mayoría de las minas estaban también inundadas. Lo que aparentemente acabó con la operación, sucedió en 1918, cuando una tormenta tropical destruyó por completo la hacienda. Sin embargo, algunos elementos del camino

han sobrevivido como son los dos puentes de arcos contruidos con bloques de rocas los cuales pueden ser vistos hasta ahora.²⁴

Actualmente queda poco de la hacienda y de las instalaciones relacionadas –señala Kirchner–,²⁵ salvo dos enormes chimeneas de ladrillo y ya no existe trazo de las locomotoras o de los vagones. Estos al igual que muchos metales de los alrededores, es probable que hayan terminado en manos de los japoneses distribuidores de desperdicios durante los años 30.

24 *Ibíd.* Kirchner.

25 *Ibíd.*

La revolución en El Triunfo

John F. James, alias Sticken,²⁶ al referirse a la revolución, dice lo siguiente:

Esta mañana me di cuenta que algo serio estaba sucediendo. Fui hacia los establos de la hacienda y encontré al Sr. Moore conversando con su hombre de confianza, el superintendente de las minas. Él dijo que las cosas se veían amenazantes en las minas de El Triunfo. La mina de plata, propiedad de una compañía americana, se encontraba localizada alrededor de 29 millas al sureste de La Paz y que se esperaban serios problemas. Él se dirigió hacia mí como hombre y como americano y me pidió si me podía quedar en La Paz y que debía saber que muchos de mis compatriotas estaban peleando y probablemente muriendo para mantener el alto honor de la bandera

26 James, John F., *op. cit.*, 1972.

americana. Eso fue mucho para mí. Yo sabía que el Sr. Gramm y el Cap. Armstrong iban a verse con el Sr. Brooks quien traía un cargamento de mineral con un valor cercano a los treinta mil dólares para ser escoltado a salvo a La Paz. Me ofrecí como voluntario. Aceptaron mis servicios y nos subimos al coche y nos encaminamos hacia la guerra.

Estamos en el camino de la guerra y a sólo treinta millas de las minas. El país es declarado en estado de revolución y las hostilidades han comenzado formalmente. Alrededor de las nueve, los equipos se alzaron con el Sr. Brooks que iba al mando de una escolta de 7 hombres.

Pasamos algunos ranchos pequeños donde nos bajamos del coche y caminamos, montaña arriba, muy alta y empinada. El Sr. Brooks iba hasta el frente y yo cuidaba la parte de atrás. De pronto fui sorprendido por un desafío. Repentinamente vi a dos hombres mexicanos corriendo hacia unos arbustos para esconderse. Al parecer eran dos vigías del ejército de El Triunfo y esta era la señal para avisar de que venían enemigos. Cuando llegamos a la cumbre de la montaña, el pueblo de la planta nos llegó a la vista. Debajo de nuestros pies estaba la famosa mina de El Triunfo. Nunca había estado tan sorprendido. Se parecía a la Alta California. Había chimeneas de ladrillo y el ruido de los hornos, el silbido del vapor y el resto de los ruidos, parecía una tormenta.

Seguí caminando como si nada estuviera sucediendo. En alrededor de 5 minutos estábamos en el corazón del poblado. Avanzamos más adelante y llegamos a la hacienda. Estaba sorprendido de ver centinelas armados marchando por todas partes y cientos de hombres mexicanos trabajando desnudos en los hornos.

El pueblo de El Triunfo es casi tan grande como el de La Paz, casi con el mismo número de habitantes. Yo creo que son como 5 mil. Todos están desparramados por un área de tierra muy grande. Quedé impresionado con el número de soldados. Yo creo que eran alrededor de quinientos a pie y a caballo. Había edificios muy bonitos y excelentes tiendas, con la usual dosis de licorerías y casas de apuestas”.

En 1913, dice el Gral. Félix Ortega “...consideré urgente emprender un movimiento sin más preparación y con 12 hombres que habían estado reunidos constantemente en mi hacienda, emprendí la marcha sobre el mineral de El Triunfo, llevándome los pocos pertrechos que había reunido, a fin de armar otros hombres que me esperarían en las cercanías de dicho mineral”.²⁷

27 Informe sobre el período 1913-1914 del Gral. Félix Ortega, líder del movimiento Antihuertista-Constitucionalista en B.C.S.

¿Sabías que en El Triunfo fue en donde se inició el movimiento armado llamado Antihuertista, encabezado por el general Ortega Aguilar y de ahí pasó a San Antonio y posteriormente a las Vinoramas?

¿Sabías que a los políticos y miembros del ejército que se encontraban en el poder se les llamaba “pintillos”, y a los opositores “lechuzos”.

¿Sabías que el Gral. Ortega era el “lechuzo” mayor?

¿Sabías que en 1912 estuvo en La Paz y en Santa Rosalía el vicepresidente de la República, don José Ma. Pino Suárez y que, en este lugar, le presentaron quejas sobre la compañía minera llamada “El Boleo”?

En 1925 –apunta Pablo L. Martínez refiriéndose a la otra explotación de las minas– se desarrollaron importantes trabajos en San Antonio, los cuales llevaron alguna mejoría económica a los vecinos del rumbo. Desgraciadamente, al parecer, tales trabajos no tenían otro objeto que la especulación, en la misma forma que lo habían hecho los negociantes de San Francisco en otras épocas con la minería y la colonización, aunque en esta ocasión eran los franceses que regenteaban “El Boleo” quienes promovieron el negocio.²⁸

28 Martínez, Pablo L., *op. cit.*, 1956.

En cuanto a la cobertura educativa, al concluir la revolución después de 1920, en una revista ilustrada de la península de Baja California fechada en 1923,²⁹ en la página 472 aparece una foto con los maestros de la escuela primaria de El Triunfo, en ella se pueden observar a 13 mujeres y 2 varones que desempeñaban el trabajo educativo ahí. Hoy, en el ciclo escolar 2003-2004, a más de 80 años de la foto, en la Escuela Primaria República Argentina trabajan 2 maestros y estudian 41 alumnos y el Jardín de Niños Antonio F. Delgado dejó de funcionar por falta de párvulos (en el anterior ciclo escolar 2002-2003 había una maestra y un grupo de 13 niños).³⁰

Por gestiones del Gral. Agustín Olachea (gobernador del territorio en el período 1946-1956) —señala el mismo Pablo L. Martínez—³¹ la Comisión de Fomento Minero, organismo oficial de la Federación, inició trabajos en el antiguo y famoso mineral de El Triunfo y, al parecer, tales actividades han pasado a manos de una empresa privada denominada Cía. Minera La Perla, S.A., la que está empleando en sus labores maquinaria y procedimientos modernos, dando con

29 Por desaparición de la portada y las páginas iniciales, se desconocen los datos de la publicación.

30 Datos de la SEP estatal.

31 Martínez, Pablo L., *op. cit.*, 1956.

ello ocupación a los paupérrimos habitantes de una región que se encontraba completamente muerta, no obstante que en el pasado había sido un centro de gran movimiento.

Por otra parte, durante muchos años estudió, exploró y explotó el distrito argentífero y aurífero el perito minero Sebastián Díaz Encinas, cuyos resultados se consideraron de estimación hasta su muerte, ocurrida el 12 de noviembre de 1978.

Finalmente, por mucho tiempo permaneció al margen de la carretera que conecta a El Triunfo y San Antonio un letrero, que decía: “Mina San Isáis”, no documentada en este trabajo, frente a la boca abierta de un aparente hueco de tiro. Desapareció el letrero, pero no la mina, hasta la fecha.

El Parque de El Triunfo

Para el Dr. Alejandro Aguirre³²

Este trabajo se elaboró con ideas que fueron expuestas inicialmente por el Lic. Guillermo Martínez Domínguez, Director General de NAFINSA, durante su estancia en El Triunfo, B.C.S. el 12 de octubre de 1972 donde presidió una comida campestre y escuchó y observó una exposición oral y gráfica del ayer y del hoy de este ex-fundo minero venido a menos. Finalmente fueron enriquecidas por el autor y publicadas en el *Diario de La Paz*, días después. Este relato, aproximación al futuro del agónico pueblo del sur, se difundió con el exclusivo objeto de enfocar la atención del sector inversionista hacia posibles saltos de explotación turística en el lugar, a una distancia de 50 kilómetros al sur de La Paz, la capital.

32 Trasviña Taylor, Armando, publicado en el periódico *Nuevas de Hoy*, La Paz, 1972.

—Estaremos aquí hasta las seis y comeremos —le dijo el hombre a los nietos.

Niños y adultos se mezclaban con los carros nutridos de gozo que serpenteaban entre el breñal y las piedras, los pequeños valles y montes se quedaban impávidos ante el brocal de la mina que se veía, allá arriba, con deseos encubiertos de piqueta, barra y taladro. El color del minúsculo tren hervía de ansiedad y algazara y parecía un brazo móvil que trepaba por los montes y hollaba la senda con los rieles en su continuo trotar y traquear, día tras día. Llovió anoche. Se entrecruzaba el ferrocarril por las faldas, pletórico de niños, que se colgaban del armazón de los techos del atestado y florido convoy, otros se izaban de los brazos del padre para mirar el paisaje y otros más sacaban su medio cuerpo para esculcar la hondonada; los carros llevaban nombres de sonoridad nunca oída (Airapi, Aiñiñí, Cadegomó, Tripuí, Marinó, Kadakaamán, entre otros), tiraban de las ramas de los árboles que se interponían al paso y hacían un vocerío infernal al cruzar por debajo de los puentes que conducían, por encima, las aguas frescas del lugar. Al pasar el arroyo y encaramarse a la sierra se escuchaba el pitido del tren que dispersaba, como fuente de niños, ansias largas e inocultas. La algarabía era un reino de súbditos leales que tenía trono, monarca y dosel. El conductor in-

dicaba, en los dos idiomas vecinos, la cercanía de las fauces que bostezaban al llegar. Era la primera estación que tocaba frente a la oquedad de la mina y arrastraba un titipuchal de vagones que repetían ondas y ondas por doquier. El espejo de la sierra contestaba puntual, sin parar. La minúscula locomotora de esparcimiento infantil la abarrotaban gritos de niños que esperaban la meta con ardor, de par en par, criaturas a las que acompañaban los padres o madres o delegados de ambos. Las góndolas rezongaban en el penoso subir, cran, cran, cran. Continuaba la segunda parte con la invitación opcional y precio aparte.

El hombre lo vio venir y no se alteró para nada, ni hizo el menor movimiento en el arrugado pliego de su tez, eran tantos los viajes que por tanto tiempo había visto pasar, que no oía.

A duras penas llegó hasta los labios del tiro donde la caterva de niños se pusieron a observar y a entallarla; el conductor señalaba el agujero abismal e insistía en la adquisición de boletos para dejarse engullir por la sombra de luto y oquedad. Un grupo de hombres aparecían en la entrada, nubosa, era una actuación de primera la que hacía el grupo de obreros que concluía con la fatiga de las horas, la jornada. Salían mustios, apagados, rendidos.

En violento tropel se bajaron los niños para ocupar los asientos del otro convoy que aguardaba y conduciría al interior de la boca, doscientos metros o más. Por iluminación ni apurarse. Cuando se comenzó a introducir el traqueteo desbarataron la oscuridad. Conocieron a los mineros de bronce, de verdad: vieron vetas, mazos, picos y lámparas de carburo que llevaban al frente de los cascos, examinaron bien el entorno mientras los otros mineros aporreaban la pared de la gruta con el cincel y el martillo, el pico, el mazo y el taladro. Duro trabajo. Jalaba al convoy un tirante que se enganchaba al carro guía y se escuchaba la voz que explicaba el costo del polvo, del ruido y el encierro. ¡Cuántos hombres dejaron vidas y viudas en el cañón rebajado!

Cuando arrancó *la tournée*, de regreso, se colocaron los cascos y cinchos, las voces se confundían con el rozar de ruedas que entonaban el cántico frío del riel, ¡jlll, jlll, jlll! A la entrada, en una placa se podía leer: Mina de El Triunfo. Oro y plata. 1784. Era un disneylandezco calicó.

El conductor e informante peroró desde el sitio en que conducía en la vanguardia el tractor y, en sentido inverso, regresó por la vía hasta el paraje en donde, hace poco, inició su rechinante peregrinar; observó la fumarola que despedía la chimenea mayor

que erigió —según dicen— un italiano constructor que se hallaba entre los diversos europeos que laboraban ahí. Con el vaho que despedían las carismáticas torres, la circular y la cuadrada, se podían sofocar y asfixiar al más escapable banco de niños, de ser real. El humo aparecía cuando el elevador terminaba su recorrido interior, como show intermedio.

Los turistas formaban fila para ingresar a la cumbre por el interior del cilindro de aquel enorme torreón, compraban *tickets* —*they tell*— y se elevaban hacia una altura de cuarenta metros o más por la laringe estrecha del ascensor. Allá van. Se sujetaban del aro que circundaba el área de su reducto interior como asidero manual. Ya arriba, rodeado por la cerca perimetral de dos metros en torno a la banda circular, se dominaba el espacio del parque, los juegos, la distancia de los límites y hasta la población orillada que vivía en el entorno como suburbio feudal; todo lo que estaba al fondo se perdía entre los tonos de un naciente jade limón y unos ocrez claros y vanos que agujeraban el brillo del sol. Una placa en inglés y en español refería la fecha de construcción de la chimenea mayor: 1890, y el nombre del constructor con los datos de altura, formato, espesor y material de cocción. En el elevador se aceptaban, como máximo seis personas, no más, apretadas y móviles accionaban

sus cámaras con igual precaución; videos, cámaras, telefotos, *handycams* y otras más, de la más reciente creación. Desde el redondel se admiraba el horizonte circular, el viento que se hacía sentir y aprovechando los pocos minutos de aquella estación terminal, multiplicaban los rrrrrr, los flashes y los clicks, una y otra vez. Un mástil de hierro, al centro desplegaba un estandarte al aire, que pretendía hacerle cosquillas al inexcitable cuerpo de ángeles, arcángeles y querubines que la veían ondear. Señalaba: “El Triunfo. Parque de Diversión”, en español.

El hombre que recorría los pasillos, se quedó frente a la casa del desaparecido cantor Leopoldo Ramos, poeta triunfo y luz de un movimiento literario reflector, figura de un gran empeño vanguardista y promotor, hace décadas. Sus libros en exposición se agotaban como platillos del fogón, las fotos en las paredes denunciaban su primera y última pasión, la revolución y, finalmente los rangos de periodista y poeta que le dieron fama y estatura más que nacional. Su efigie se erigía sobre el pedestal de cemento que se encontraba frente a la puerta abierta del hogar y la sonrisa denotaba al hombre que, por motivos adversos, se fue para no volver, se extravió de la tierra a la que tantos versos le dedicó. Debajo estaba otra placa que denunciaba con ocho letras la verdad del golpe del

cíncel: “Aquí nació Leopoldo Ramos, excelso poeta, triunfo y mexicano”.

Cuando el hombre deambulaba frente al Museo Minero Regional ni siquiera volvió los ojos al desértico lugar, dejaba atrás los dibujos y las vetas y grutas de ese real, la fragua en que la familia de De Ocio practicaba con celo y con tesón, no con ocio, en verdad; veíanse barras de oro, de plata, moldes de arcilla, perol y planos del viejo fundo, su edad y su descripción, número de habitantes, y mucho más. La cinta magnetofónica repetía la historia de los tres siglos que lo han antecedido con vigor, XVIII, XIX y XX, sobre todo el décimonono final cuando la moda de París era la misma en los saraos del lugar, ¡qué glamour!

Las viejas casas, retocadas con pintura y emplastes de cromos, albergaban al mercado artesanal de los “curios”, la cestería de palma, y un conjunto de guapas zagalas enfebrecían el toldo rectangular del expendio y portaban el vestuario a la usanza de la centuria antepasada, monacal. Más allá de la vista, al lado de la cinta asfáltica, altos muros prohibían el paso por la carpeta negra que conducía hasta los pueblos playeros del sur, mientras tanto un ruidoso *Ladys Bar* comenzaba a resonar en la ex-casa de ascendencia familiar y las tonadas movían, entre risas y

roces, a hombres y féminas que más parecían brincar que danzar.

El hombre que escrutaba el Jardín Botánico Regional descansó en las bancas que estaban frente al seco borde vegetal y recreó los ojos por el páramo duro, donde estaban cactus, pitahayas, ciruelos, biznagas, cirios, caribes, lomboyas, datilillos, romerillos y muchas especies más del desierto bicolor, con fichas en ambas lenguas al pie de los troncos que se oreaban bajo el sol.

Más allá contempló el Jardín Zoológico y se dispuso a contar las muestras que se asomaban tras el cercado del enmallado portón: el puma, el coyote, el gato montés, los zorros, el zorrillo, los tejones, las aves, el serpentario vario y, ya no vio más. Llamaba más su atención el silencio que presidía la incontrastable soledad. Se sorprendió.

El hombre escuchó los mazos del reloj que sonaban desde el ático municipal, uno, dos, tres, enseguida buscó una mesa para comer y degustar la cocina de condimento regional; los nietos que perseguía se alejaban en yeguas, en asnos en potros y mulas con mataduras por doquier, no tenían la menor intención de parar, y menos de comer, lo harían después.

Al llegar a los puestos fijos donde expedían tortas, tacos, tostadas, sopes, burritos y antojería en general, se puso a elegir entre los platillos regionales, y no regionales, de su fe: mole, machaca, enchiladas, empanadas, atole, chimangos, menudo, mariscos que anunciaban del puerto de La Paz, en fin y las aguas figuraban un pincel de arco iris en los jarrones fríos que dejaban las lenguas sin ganas y sin sed.

Se dirigió a satisfacer su apetito en el restaurante “Las Casitas” que era el nombre que tenía ese hoy lúdico pueblo y solicitó, tenía tanta hambre, por alfabeto: aguas, botanas, carnitas... y así. Al lado de las siete mesas, no había más, un puesto de dulces de la región convocaba a lo que llamaba como buen diente y tragón postrear: ¡guayabates, biznagas, mangates, jaleas, jamoncillos, orejones, pitahayate, panocha de gajo, piloncillo y muchos más.

Pero había algo más al lado de los asnos, de las bestias, los caballos y las yeguas sin corral. Se levantaba la feria de juegos y los juegos de feria sin igual que calificaban los chicos todos con el nombre del tutor; ¡padres!; atracciones que recordaban su infancia y juventud, gomas inflables y tiendas donde expedían fotos, ropa, *T shirts* y chácharas, muchas chácharas,

réplicas y souvenirs, como mercado de pulgas o tianguis de espulgar. Una chimenea de plata para inmovilizar las notas de guardar le tentó; —¡me la llevo! —díjoles.

Al aproximarse a la terminal de autobuses con la inquietud de los nietos ya en doblada quietud, los recuerdos le comenzaban a llegar como queriéndolo atar y estrujar, abordaron el camión y se fueron. Al fin manifestaron los niños sus intenciones de dormir; sintió que el tiempo que había pasado por aquellos pisos, había pasado sin pasar, sin volver la vista atrás, había visto todo sin encontrar lo que buscaba en el lugar. Seis horas sin dejar huellas ni rastros, no podían ser. No dejaron sombra. Sentía que no había visto nada de lo que quería ver, las casas de los ancestros se quedaron en el patio del más allá, fuera del parque de diversión. Terminaba y no terminaba su asombrar. Los recuerdos de aquellos tiempos se quedaron lejos, lejos de ser, a medio morir; la pantalla se miraba ahora en completo technicolor, la tierra de los viejos troncos que quería ver, de los padres y los abuelos, y de todos los demás, se quedó como el cementerio que dejó su vida y su ser, ¿y las tumbas, dónde están?, ni la p minúscula de panteón estaba ya donde debía estar: dos siglos se ponían de pie, se erguían para protestar, ¡qué de cambios!, era el resultado de la prisa que había

perdido hasta su reloj!, ¡qué diferencia tan grande entre El Triunfo de antes y El Triunfo de hoy!, ¡qué pesar!

Al remontar la loma rumbo a la estera viva de La Paz, volvió los ojos al área donde estaban los predios de su heredad y una humedad de luz llenó la vista con el letrero que observaba al inicio del viejo hogar. Decía con la voz rutilante del lumínico neón, casi a gritos en una lengua rara que no podía entender, que no era suya: “El Triunfo Amusement’s Park. Welcome”

Han sido innumerables las compañías que han tratado de fomentar la explotación no fácil de las minas, en particular desde la mitad del siglo XX, dentro de las cuales han participado empresas nacionales, extranjeras y hasta estatales que, en pequeña o gran escala, participaron.

En la etapa gubernamental de 1986 a 1992 se instaló la planta maquiladora de la firma norteamericana California Connection que, a consecuencia de la crisis económica de Estados Unidos y a otras causas atribuibles a competencia local, afectó su funcionamiento y clausuró sus actividades, dos años antes de hoy.

En esta década de los noventa, otra empresa, ahora canadiense, llegó a explorar y explotar el distrito

minero, con aparente éxito: la Echo Bay (pronunciado: Eco Bey), “Paredones Amarillos” (se llamaba así por el área de trabajo ubicada a la altura del kilómetro 18 al sur sureste de El Triunfo, cerca del margen occidental del complejo batolítico cretácico de La Paz), que permaneció en este sitio desde 1891 hasta 1998 y que trabajó en las minas circunvecinas del Valle Perdido y Las Gallinas, cerca de El Triunfo, entre otras. En esta época se logró la participación del satélite canadiense Radarsat que hizo una amplia prospección de la zona con 50 imágenes de buena resolución en 1995.

A la Echo Bay se le atribuye el siguiente análisis y la no menos singular oferta: si nos permitieran levantar el firme donde se asienta el asfalto de la carretera que va de San Antonio hacia El Triunfo, se las construímos de nuevo y se las entregamos pavimentada de cemento. Está hecha con los depósitos residuales que aún contienen oro y plata de las antiguas minas, las llamadas lamas —dice una versión popular.

Existen, por otra parte —según Grant—,³³ pinturas rupestres que, según León Diguét, están en la Piedra de los Monos en el conocido Arroyo Hondo, cercano a las minas de rico real de El Triunfo.

33 Grant, Campbell, *Rock Art of Baja California*, Dawson's Book Shop, Los Ángeles, Calif., 1974.

Figuras y apellidos notables

¿Será —como dice Luis Bruno Ruiz— Leopoldo Ramos, el forjador de la escuela latinoamericana de la más alta poesía?

Leopoldo Ramos Cota nació el 8 de junio de 1896 en el pueblo de El Triunfo, B.C.S. Fue hijo de doña Teresa Cota y de don Leopoldo Ramos.

Fue el mayor de los cuatro hijos del matrimonio. Su abuelo materno fue el coronel Clodomiro Cota, de ilustre memoria en la historia de Baja California Sur, quien a su vez era sobrino del Gral. Márquez de León, el gran patriota. Estos datos los confió por escrito y personalmente a un amigo suyo, el profesor Francisco Cota Moreno, cuentista, triunfeño también, con quien conservó cordial correspondencia. En una de sus cartas confiesa: “Mi madre recuerda perfectamente la casa donde yo viví, pero no puedo

indicar su ubicación porque en El Triunfo no había nomenclatura. En las biografías andan equivocadas las fechas de mi nacimiento. La exacta es la que queda escrita: 8 de junio de 1896, como consta en el registro civil de El Triunfo, pueblo al que yo quisiera volver, aunque fuese por un solo día, antes de que Dios sea servido de recoger mi vida... Exprese mi agradecimiento a todos los que se interesen en aclarar mi origen y dígales que siempre he tenido a orgullo el reconocerlo”. Esta carta fue escrita el 9 de febrero de 1950. Seis años más tarde moría el bardo triunfeño sin haber regresado, como deseaba, a su nato solar.

Otros biógrafos señalan que sólo vivió en su patria chica los primeros 6 años de su vida, habiéndose trasladado su familia a Guaymas, Son., donde creció y se formó.

Fue Jefe de Telégrafos, revolucionario, periodista y poeta. Publicó cuatro libros de poemas: *Urbe, campiña y mar* (1932), *Presencias* (1937), *Bauprés* (1942) y *El mantel divino* (1950).³⁴

Francisco Cota Moreno nació en El Triunfo, B.C.S. y murió en el mismo lugar el 23 de julio de 1963. Realizó su instrucción primaria en su pueblo natal

34 Trasviña Taylor, Armando, *La licenciatura en Baja California Sur*, México, D.F., 1971.

y estudios secundarios y profesionales en la ciudad de México, formando parte del primer grupo de estudiantes becados por el gobierno del Territorio en el año de 1920 durante la administración del señor Agustín Arreola. Contrajo matrimonio con la que llegó a ser su compañera inseparable, amor y estímulo de sus andanzas literarias, de quijote moderno, doña María Cota, hoy viuda de Cota, nativa de Todos Santos, B.C.S.

Los 40 últimos años de su existencia los consagró a las letras, leyó incansablemente las fuentes de la más alta literatura, nutrió su vida de los libros y de la poesía que en sus años juveniles cultivó, abrazó fervorosamente la técnica del cuento, en cuya labor es, sin lugar a dudas, uno de los mejores cuentistas sudcalifornianos de apasionado tono regional.

Colaboró con don Pablo L. Martínez en la revista *Baja California* que editaba en México, D.F. durante el año de 1951. También la revista *Proa* del magisterio sudcaliforniano se engalanó con la producción del profesor Cota Moreno en sus últimos días de su infatigable labor educativa.

Sus mejores cuentos son “Pitahayeros”, “La Mina Perdida”, “Parajes” y “De Hombre a Hombre”.³⁵

35 Ibidem.

José Rosario García Sánchez nació el 7 de julio de 1917 en el vergel literario de El Triunfo, B.C.S. Cuna de otros valores de las letras sudcalifornianas como son Leopoldo Ramos y Francisco Cota Moreno. Fue el menor de los tres hijos que dieron a la vida el matrimonio integrado por don Encarnación García y doña Evarista Sánchez de García. Su educación elemental la realizó en la capital del Territorio y sus estudios profesionales para maestro en la Escuela Normal Rural de Todos Santos, B.C.S. y en la Regional Campesina de San Ignacio, B.C.S. A partir de su graduación se integró a las filas del magisterio con afán prolijo. Muy pronto caracterizó su presencia por sus estimables dotes oratorias y como periodista y poeta. Escribió versos, ensayos teatrales, estudios biográficos, memorias de la educación en el Territorio, leyendas regionales y otras obras de diversa índole. Glosó la vida cotidiana a través de las columnas de diversos órganos periodísticos paceños, hasta que su vida se apagó a las doce de la noche del día 6 de junio de 1962 en La Paz.

Lo más estimable de su obra literaria está en la poesía, y especialmente, en la poesía cívica... dos trabajos didácticos dan testimonio de su vida educativa que heredó a las generaciones venideras: *Como elaborar*

*una tesis profesional y Memoria de la educación normal en el Territorio, primera en hacerse.*³⁶

Viejas familias de El Triunfo formaron apellidos de abolengo como los Arámburo, los Isáis, los Estrada, los García, los Ramos, los Cota, los Avilés, los Moreno, los Carrillo, los Moyrón, los Beltrán, los Mendoza, los Leyva, los Martínez, los Sánchez, los Fiol y otros.³⁷

36 Ibidem.

37 Martínez, Pablo L., *op. cit.*, 1965.

La población en el siglo pasado

Comparados El Triunfo, San Antonio y La Paz, estos eran sus habitantes que existieron durante el siglo XX:

	El Triunfo	San Antonio	La Paz
1900	3,390	962	5,046
1910	2,341	937	5,536
1921	889	534	7,480
1930	569	445	8,166
1940	599	971	10,401
1950	520	844	13,071
1960	506	507	24,253
1970	213	497	46,611
1980	268	777	91,453
1990	339	712	137,641
1995	327	592	154,314
2000	320	676	162,954

He aquí el cuadro comparativo de hombres y mujeres en los últimos doce censos del siglo anterior.³⁸

Departamento de Desarrollo Estadístico									
Año	El Triunfo			San Antonio			La Paz		
	Total	Hombres	Mujeres	Total	Hombres	Mujeres	Total	Hombres	Mujeres
1900	3,390	1,620	1,770	962	474	488	5,046	2,240	2,806
1910	2,341	1,099	1,242	937	447	490	5,536	2,683	2,853
1921	889	403	486	534	237	297	7,480	3,847	3,633
1930	569	249	320	445	193	252	8,166	4,048	4,118
1940	599	297	302	971	471	500	10,401	4,890	5,511
1950	520	267	253	844	414	430	13,071	6,207	6,864
1960	506	260	246	507	269	238	24,253	12,040	12,213
1970	213	nd	nd	497	nd	nd	46,611	nd	nd
1980	268	141	127	777	395	382	91,453	46,145	45,308
1990	339	197	142	712	362	350	137,641	68,971	68,670
1995	327	185	142	592	295	297	154,314	76,938	77,376
2000	320	181	139	676	345	331	162,954	80,946	82,008

De las cinco delegaciones de La Paz, El Triunfo pertenece a la delegación de San Antonio y es una de sus 10 subdelegaciones.

En el invierno de 2003, producto de las lluvias que se registraron en el verano anterior, en el que aparecieron tormentas, chubascos, ciclones o huracanes, cruzó el centro del pueblo un arroyo que borboteaba desde lo alto de la sierra y que mojó puentes, siembras, potreros, viviendas, solares, recorrió las llanuras todas y se echó, agotado, como fiera mansa, en el mar. Nunca la generación presente lo había visto pasar. “El manantial –aclara Amao–, el de los huchitíes del Real de San Antonio, brotó de nuevo. Lo tengo en

38 Datos del INEGI, La Paz, 2004.

el patio de mi casa en San Antonio. Se había secado en 1958. Hago referencia a él pues en mi libro cito a Rodríguez Lorenzo en su recorrido por los territorios guaycuras que serían, más tarde, la zona de los reales mineros”.³⁹

El templo que tiene, en la parte izquierda frontal, un espacio, teatro o área de reunión, con escenario y foso, como para 50 personas, puede dar acceso a un sitio más de recreo para funciones artísticas y culturales si lo pudieran rehabilitar, en buena hora. Está, como todas las cosas y casas que se encuentran ahí, abandonado.

Los centros de interés en El Triunfo, además de las dos grandes chimeneas, son pocas: las instalaciones de la planta de calcinación en ruinas; los restos de maquinaria reunida a la intemperie, bajo el sol; el Museo de la Música, el expendio de cestería, el Vive-ro Regional, la Plaza Hidalgo, el estadio deportivo, la iglesia, los circuitos rústicos para el ciclismo de montaña, el pueblo mismo, etc.

Diversas familias de La Paz han adquirido propiedades en solares con viviendas rancias, montunos o descampados, que conservan largos ecos de permanencia anterior: doce o más por lo menos, que

39 Correspondencia epistolar. 2004.

se encuentran en trámite legal como sitios de paz o recreo.⁴⁰

Existen, por lo menos, dos panteones fincados alrededor: el Panteón Municipal y el Inglés. En el primero reposan los cuerpos de las personas oriundas, y en el otro, el Inglés, los remisos (como 13) extranjeros, que no deseaban entremezclarse con los habitantes del lugar. Sin embargo, no hay lápidas ni cruces que testimonien despojos, ningún antecedente. ¿Por qué Inglés? —nos preguntamos—. Porque —nos contesta la voz popular— los británicos que laboraban en actividades técnicas —no muchos— prefirieron elegir su propio terreno para descansar, igual que como lo pretendieron hacer algunas de las diez nacionalidades que trabajan ahí.

En el edificio municipal, donde residen los poderes administrativos subdelegacionales, se encuentra anexo un teatro, al aire libre, pequeño, que permite desarrollar actividades artísticas y culturales esporádicas.

40 Subdelegación de gobierno de El Triunfo.

Los últimos gobiernos

Desde que se inició la etapa de los gobiernos civiles en 1964, los intentos de recuperación de la zona con el impulso de la cestería, la cuchillería, la herrería, las artesanías de barro, los expendios que se construyeron junto al templo del lugar, la lonchería regional, la fundación de gallineros familiares y el nombramiento de una Promotora Cultural, se realizaron en el período del gobernador del Territorio, en ese entonces, Lic. Hugo Cervantes del Río, 1964 a 1970.

De 1970 a 1974, etapa provisional de tránsito político del Ing. Félix Agramont Cota, se mantuvieron las actividades propulsoras.

Al convertirse el Territorio en Estado en 1974, la primera administración pública de la entidad, autónoma y soberana, encabezada por el Lic. Ángel César Mendoza Arámburo de 1974 a 1980, se reanudaron los apoyos a las tareas artesanales lográndose incorporar

a eventos nacionales. Se creó la empresa estatal Artes Decorativas de Sudcalifornia con talleres de macramé y cestería, de alambre y de palma, formándose también la Unión de Artesanos para trabajos de concha y caracol. Se acondicionaron instalaciones exclusivas con ese fin. Se rehabilitó, asimismo, el edificio de la subdelegación de gobierno, así como anexos; se reconstruyó la escuela primaria y el jardín de niños; se levantó, finalmente, un parque de juegos infantiles.

En el sexenio de Alberto Andrés Alvarado Arámburo de 1980 a 1986 se rehabilitó el distrito de El Triunfo y San Antonio; se hicieron evaluaciones por la Comisión de Fomento Minero; se cuantificó la reserva mineral: se generaron empleos en la pequeña minería y fue creada una moderna planta con servicios de laboratorio. Se establecieron canales de comercialización y se otorgaron créditos por más de 180 millones de pesos en todo el período. Además, se acondicionó un campo para béisbol.

En el tramo de 1986 a 1992 correspondiente al Lic. Víctor Manuel Liceaga Ruibal se llevó a cabo un remozamiento general de la villa; se instalaron nuevos juegos infantiles; se reacondicionó el pequeño teatro en la subdelegación de gobierno; se instalaron los acueductos de agua potable y se creó la maquiladora California Connection que produjo más de 100 pues-

tos de trabajo con lo que se resolvió el problema de empleo.

En el período del Lic. Mercado Romero de 1993 a 1999, la aportación más significativa fue la elaboración de la Monografía Geológica-Minera del Estado, convenida con la Secretaría de Comercio y Fomento Industrial y la Coordinación Nacional de Minas y editada por el Consejo de Recursos Minerales, 1,546,875 toneladas de reservas potenciales e inferidas. Este proyecto está vigente esperando que la cotización del metal se mejore —dice el estudio. Éste fue otro de los proyectos que el gobierno llamó de gran visión. Por otra parte, se rehabilitaron el Centro de Salud y la escuela primaria, se construyó una cancha de usos múltiples, se abrió camino a San Simón, se remodeló el campo de béisbol y se apoyó la manufactura de ropa en la maquiladora California Connection.

El gobierno del Lic. Leonel Cota Montaña (1999-2005), ha empedrado la mayor parte de las calles céntricas del pueblo, ha construido las aceras marginales, ha mejorado el alumbrado público, creó el Museo de la Música y ha logrado que el turismo local y extranjero lo visite. Todos se han complementado.

El Museo de la Música

El Museo de la Música, inaugurado el 12 de diciembre de 2003, establecido por el gobierno del Estado y el apoyo de la pianista paceña Jesús Leonor Isáis Verdugo, mejor conocida como la Quichú, con una casa propiedad de su familia; el museo posee pianos y diversos instrumentos musicales de viejo cuño (guitarras, mandolinas, flautas, etc.) donados por familias de La Paz y el municipio. Está al margen de la carretera que va por el Golfo de California al municipio de los Cabos. Se reparó con decoro. Se realizan, por otra parte, eventuales noches bohemias accesorias con participaciones artísticas espontáneas.

Desde hace tiempo, y durante muchos años, cuando se aterrorizaba con la presencia de cataclismos, desastres, exterminio o exclusiones totales, la gente decía:

—Oyes, y si se acaba el mundo, ¿Qué vas a hacer?

—Me voy p'al Triunfo.

En El Triunfo había pianos, muchos pianos, aseguraban los viejos vecinos: en cada hogar había uno y lo tocaban. Una manera hiperbólica de decir: eran varios. Seguramente esto ocurrió en el tramo final del siglo XIX, la época de oro de El Triunfo por su vigor y alarido. Durante un largo tiempo, ya en el siglo XX, como consecuencia, quizá, de la mención anterior, el único afinador de pianos que existía en toda la entidad, era Amado Leyva —don Amadito, como le decían—, residente de El Triunfo y solicitado con frecuencia para poner a tono las cuerdas y teclas en la ciudad de La Paz, la capital.

¿Y la minería?

La minería, sin embargo, a pesar de las circunstancias adversas y el ir y venir de las firmas (extranjeras, nacionales y estatales), al paso del tiempo, desde 1748 hasta 2004 (más de tres siglos), no se ha mermado del todo. El recurso mineral ha sido la vida del pueblo durante décadas mejores. De acuerdo con la información contenida en la enciclopedia de los Municipios de México y del cabildo paceño, con respecto a El Triunfo, señala: “Actualmente, un grupo reducido de mineros explotan las minas con métodos rudimentarios”,⁴¹ lo que significa que existe material para ello y que, con métodos nuevos, avanzados, de punta, podría haber extracciones, otra vez, en un futuro. Viene a corroborar esta tesis la Monografía Geológica Minera del Estado de 1999 que cuantifica y garantiza la existencia de una viable reserva mineral.

41 Secretaría de Gobernación, *op. cit.*, 1987.

¿Y la cestería?

Vive, aún vive.

Era alta, espigada, y los años se le escapaban por las rendijas de sus sonrisas de dama y mujer, así era. Amaba la cestería como nadie, como sólo ella la podía amar y la hizo amar a los suyos con vocación y presteza, todas sus niñas que peregrinó y convenció, ahí están, siguen hoy; llegó a tener, junto al templo, un conjunto de puestos donde recreaba su escuela en la destreza manual del delicado y tierno cogollo del palmar. Ahí formó a una generación de cesteras y fundó un mundo feliz de arte nuevo, de arte sano. Fue Promotora Cultural de la Dirección General de Acción Social y Cultural del entonces Gobierno del Territorio desde 1964 hasta el final de sus días (1920-1987), con lo que enlutó para siempre la artesanía local de la palma en la aldea familiar de los suyos. Se llamaba Eva Beltrán –Evita para todos– y era la

lluvia germinal de la tierra que, por fortuna, de tarde en tarde, no dejaba de caer. No creó —de seguro— la cestería, pero le dio tal impulso que, como nadie, como ninguna otra persona lo ha hecho nunca, hasta ahora. En cada palma, en cada rasgo, en cada diseño de bolso, abanico, tortillero, cesta de cruz, está ella, vive ahí.

Un cuarto de milenio (1751-2001)

Es cierto. Se desestimó el mineral, se dejó de explorar o se cansó de invertir; se cerraron las plantas de mano y las manos de planta para producir, y como un sábado cualquiera de una semana cualquiera, de pronto, todo aquello terminó; pero la maquila sigue, siguió, está ahí, seguirá hasta que la aldaba de la puerta de entrada maniobre y cierre su cancel; tantas veces ocurrió en el pasado que no puede ser ahora para siempre; se extinguió una vela que se encendió hace tiempo, pero no la última; quedaron huellas de un lamento que no tenía lágrimas para plañir, pero El Triunfo está ahí, sigue ahí, estará. Con sus 320 habitantes según el censo del 2000, vibra, palpita, y no dejará de soñar hasta que se arrugue la vieja carátula de su reloj que timbraba en su arruinada y no olvidada hacienda laboral; aunque emigren, inclusive, los rayos vivos de su sol. Es luz, fue luz, será luz; sabe vivir en su techo transparente de cristal; la luz

de la estrella que fulge sobre su grama de navidad, lo revive. Siempre habrá un retazo de vida que retoce, que pulse, que respire, que suspire, que sueñe, que no deje de ansiar, de querer, de pensar; que aspire por la oquedad de su boca mineral; el porvenir que de repente se fue, debe volver; se posa sobre la aguja de su filete y pedral, de la breña, del cardón; del agua que dejó su cauce desde las vigas del filón; del arroyo que canta montado sobre la roca del sillar, sigue ahí; la que recorre su cuerpo cuando llega la lluvia y la tempestad, esa tempestad que un día derribó el futuro de su casa de blasón y apagó el carbón de la fragua y el crepitar del perol donde derrama su cuerpo el aurífero metal, la fatiga y el sudor esa ruda faena que exterminó la bonanza del arte nuevo de vivir bien. Las chimeneas se quedaron ahí, donde siempre, para reclamar y exigir lo que es de él, de su real, para hablar de su humada y ansiedad, de su ausencia; el silencio que sale de sus fosas nasales denota la diha que, un día, se fugó, testigos mudos de un universo que, con sorpresa, huyó, se fue como el rojo vivo del escarlata pitahayal, quedó solo, solo en la noche sideral, esa noche que se entibió hace mucho, sin empezar ni terminar; los pellizcos de las almas que se prenden a las pieles del nuevo hoy, no logran levantar su postura que desean erguida y vertical.

El Triunfo, en definitiva, quiere mudarse y variar, tener otro *look*, dejar su ausencia, su eclipse y orfandad, quitarse para siempre la imagen que el abandono le deparó, quiere tener los polvos que un día, en mala hora, extravió; los que concibe en sus sueños que palmorean el porvenir; quiere esmerar su figura, perfilar su semblante, encender su mirada, denunciar con sus labios lo que todos no dicen y prefieren callar, esa vieja tonada que hace ya tiempo han dejado de tararear: el lamento no hace, por fortuna, canción. Tres años hace que cumplió los 250 sin saber; en que El Triunfo nació, creció y se plantó, desde que el virrey Juan Francisco de Güemes y Horcasitas lo meció en la cuna y bautizó, sin brindis y sin festín, sin hacer la menor alharaca ni la menor efusión, sin padrino y, lo que es peor, sin refajo ni bragas ni ropón. El Triunfo conmemoró en silencio su aniversario de soledad, con añoranza de aquel tiempo que fue de Boato y de fulgor. ¿Pudo ser de otro modo? Sigue célibe con anhelos de gozar, el celibato histórico no lo quiere nunca más, ¡vive Dios!, deja mucho que decir y, sobre todo, que desear; la esperanza se repite en el continuo esperar. Tuvo dos compromisos con la madre patria y con el vecino Tío Sam y ninguno de los dos le firmaron ni póliza ni caución, ni le dieron indemnización y ni siquiera le extendieron una simple carta de recomen-

dación. Llegaron, exploraron, explotaron, exportaron y se fueron. El Triunfo se vistió, desde entonces, con el hábito de su lengua dignidad, desde que comenzó a vivir en sus piedras, de su monte y su caudal, de la fuerza de su fé. Sigue ahí, de rodillas, en el reclinatorio donde se engruesa su entusiasmo y su fervor: confía, porfía. Lo último que ha de perder, si lo pierde, en el paño de honor, es lo que siempre ha jugado con perseverancia y valor: su resistencia y terquedad, y esas fichas no sirven como monedas para apostar. Quiere tener nuevo ánimo, nuevo sol, nueva sombra, nuevo hogar, quiere ignorar el ostracismo que le han dejado los siglos en su haber, es un purgatorio constante el desear y ambicionar y mal vivir, la espina que hace llorar al silencio con los tonos de su estar, su poco estar, la sangran.

Ya no quiere más, nunca más ser el fantasma de aquel inventario muerto del ayer, del no ser ni la fotografía sepia de su antiquísima edad, quiere desclavarse, como Cristo pudo hacerlo, del madero de su cruz y quitarse para siempre ese rostro soltero de resignada languidez, esa inconsumible, abarrotante y desgastante soledad. Siente morir.

Bibliografía

- Amao Manríquez, Jorge Luis, *Mineros, misioneros y rancheros de la Antigua California*, Plaza y Valdez Editores e INAH, México, D.F., 1997.
- Crosby, Harry, *Antigua California*, University of New México, Albuquerque, 1994.
- Del Río, Ignacio y Altable Fernández, María Eugenia, *Breve Historia de la Baja California Sur*, El Colegio de México, Fideicomiso, Historia de las Américas y Fondo de Cultura Económica, México, D.F., 2000.
- Grant, Campbell, *Rock art of Baja California*, Dawson's Book Shop, Los Ángeles, Calif., 1974.
- Instituto Nacional de Geografía y Estadística (INEGI), Departamento de Desarrollo Estadístico, La Paz, B.C.S., 2004.
- James, John F., *The adventure of sticken in Lower California*, Dawson's Book Shop, Los Ángeles, California, 1972.
- Kirchner, John A., *Baja California railways*, Golden West Book, San Marino, Calif., 1988.
- Martínez, Pablo L., *Historia de la Baja California*, Libros Mexicanos, México, D.F., 1956.

- Martínez, Pablo L., *Guía familiar de la Baja California 1700-1900*, Editorial Baja California, México, D.F., 1965.
- Reygadas Dahl, Fermín, *Guía de Viajeros*, Universidad Autónoma de Baja California Sur, La Paz, B.C.S., 1987.
- Rivas Hernández, Ignacio, *El Progreso Mining Company. Su impacto social en El Triunfo, B.C.S. 1878-1905*, La Paz, B.C.S.
- Secretaría de Gobernación, Centro Nacional de Estudios Municipales y Gobierno del Estado de Baja California Sur. *Los municipios de Baja California Sur*, Colección Enciclopedia de Los Municipios de Baja California Sur. Colección Enciclopedia de los Municipios de México. Talleres Gráficos de la Nación. México, D.F., 1987.
- Trasviña Taylor, Armando, *La Literatura en Baja California Sur*, México, D.F., 1971.
- Trasviña Taylor, Armando, Periódico *Nuevas de Hoy*, octubre, 1972.
- Weber, Francis J., *The missions & missionaries of Baja California*, Dawson's Book Shop, Los Ángeles, 1968.

Índice general

Origen	5
La era de los De Ocio	7
La minería en la Hacienda Real.....	11
Las vetas.....	15
Las técnicas de exploración y explotación.....	17
La mano de obra y salarios	19
El financiamiento del comercio	21
Las rutas de navegación	23
La depresión final	25
La primera empresa norteamericana en el siglo XIX	27
Las otras compañías	29
Las chimeneas	37

El Triunfo en el siglo XX y XXI	41
La revolución en El Triunfo	43
El Parque de El Triunfo	49
Figuras y apellidos notables	61
La población en el siglo pasado	67
Los últimos gobiernos	71
El Museo de la Música	75
¿Y la minería?	77
¿Y la cestería?	79
Un cuarto de milenio (1751-2001)	81
Bibliografía	85

El Triunfo
Rostro de la soledad

Se terminó de imprimir el 18 de noviembre de 2014
en Formas e Imágenes, S.A. de C.V. Av. Universidad 1953
Edif. 2, Loc. E, Col. Copilco el Bajío, Coyoacán, México, D.F.
Teléfonos 5550-1784 5616-7117 formaseimagenes@gmail.com
La impresión de interiores se realizó en papel Cremy de 90 gr.
Impresión de forros en cartulina Couché de 300 gr.
Su tiraje consta de 500 ejemplares.